

VISIONES DEL ORIENTE DESDE NUESTRA AMÉRICA

Hernán G. H. Taboada*

**Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Universidad Nacional Autónoma de México, México**

Pequeña historia de las sucesivas etapas de interpretación del Oriente en Nuestra América, desde la Colonia hasta el siglo XX. Se sostiene que el orientalismo europeo siempre fue influyente, pero hubo también pequeñas muestras de originalidad americana: la preferencia por el Extremo Oriente asiático en la Colonia (debido a la mayor interacción con esta región por vía del océano Pacífico), o la búsqueda de inspiración estética, filosófica y hasta política en el Oriente en las primeras décadas del siglo XX. Junto a estos periodos tendientes a una interpretación propia, hubo otros de mayor eurocentrismo, en que el orientalismo americano siguió con bastante fidelidad su modelo europeo, por ejemplo, la primera Ilustración o el liberalismo decimonónico. Sin embargo, aun en estos periodos las finalidades ideológicas fueron distintas, ligadas a la justificación de los grupos dominantes criollos. El artículo concluye señalando la distinta posición de Nuestra América ante la alteridad, y cómo dicha posición fue y sigue siendo un acicate de la curiosidad por el Oriente.

Palabras clave: Oriente; América; colonia; eurocentrismo

Short history of the successive stages of interpretation of the East in Our America, from the Colony to the 20th century. It is maintained that European orientalism was always influential, but there were also small samples of American originality: the preference for Far East Asia in the Colony (due to the greater interaction with this region via the Pacific Ocean), or the search for aesthetic, philosophical and even political inspiration in the East in the first decades of the 20th century. Along with these periods of originality, there were others of greater Eurocentrism, in which American orientalism followed its European model quite faithfully, for example the first Enlightenment or nineteenth-century liberalism. However, even in those periods, the ideological purposes were different, linked to the justification of the dominant Creole groups. The article concludes by pointing out the different position of Our America towards otherness, and how this position was and continues to be an incentive for curiosity about the East.

Key Word: East; America; colony; Eurocentrism; Eurocentrism

Artículo Recibido: 2 de Julio de 2023

Artículo Aceptado: 3 de Agosto de 2023

* E-mail: haroldo@unam.mx

Durante generaciones fue el orientalismo una respetable disciplina académica; constituyó además, se dijo, un poderoso impulso para la renovación de la cultura europea moderna, obrando en los siglos XVIII y XIX —del mismo modo que la antigüedad grecorromana en los siglos XV y XVI— como levadura para un nuevo Renacimiento (Raymond Schwab). Luego se le reprochó ser en realidad un instrumento del colonialismo, para el cual imaginó, desde un basamento puramente textual, un sujeto ficticio que concentraba a fin de cuentas los defectos de los que sus creadores occidentales se pensaban exentos (Edward Said). Este último enfoque fue el que prevaleció y es en sus términos que hoy se suele hablar de orientalismo.

Ello particularmente entre quienes han estudiado el fenómeno en nuestra región latinoamericana. Los mismos sin embargo suelen tener sobre el Oriente una información escasa, no pocas veces tan prejuiciada como la que critican, y sobre el orientalismo sólo la que Said transmite. Tienden por lo tanto a descartar todo esfuerzo por conceptualizar y entender aquella nebulosa región llamada Oriente. No me parece que así deba ser, y creo por el contrario que tales esfuerzos se deben visitar desde una evaluación más positiva.

Para comenzar esta tarea sirve el desarrollo de Hamid Dabashi, quien toma en consideración para calibrar el orientalismo no sólo la producción de los países centrales sino también un reflejo suyo en la periferia: al estudiar el área de cultura persa, Dabashi

hace notar cómo los estudios, narrativa, poesía, música y artes plásticas europeos que la tenían por objeto realizaron un viaje de vuelta. Es decir que fueron conocidos en dicha área y ahí recogidos y resignificados por creadores (filósofos, historiadores, poetas, novelistas, cineastas) de lengua persa, con lo cual contribuyeron a la formación de una esfera pública propia.

Dicha idea de una utilización creativa del orientalismo fuera de su cuna adquiere sentido especial para nuestra región, que ha mantenido desde hace cinco siglos una muy particular relación con Europa: si ésta elaboró desde la Conquista variadas imágenes de América que quizás contribuyeron a definir su identidad, en todo caso es América la que incesantemente se definió a partir de aquellas vaguedades que se nombran Europa y el Occidente: a veces buscaba la asimilación, a veces subrayaba las diferencias. Paralelamente asumía distintas actitudes ante las otredades que Europa proponía, ante el hereje, el primitivo, el bárbaro, y también, con diversos nombres, ante el oriental.

Puestos a buscar, hallamos al inicio de la Conquista cantidad de menciones en torno al mundo árabe-islámico. Era entonces la única otredad coetánea (distinta en ello a las desaparecidas antigüedades hebrea y grecorromana) de la cual tenía la Europa occidental información relativamente abundante y fidedigna, debida a la tradicional cercanía, a su carácter de modelo en muchos terrenos, a los temores y la necesidad de conocer al enemigo. Casi nada en cambio se sabía de India y China.

Semejante limitación del horizonte parecería justificar que Edward Said acote a dicho mundo árabe-islámico su definición del Oriente y del orientalismo. Sin embargo, estos nombres no se utilizaban en ese primer momento de la expansión europea y tampoco existían orgánicamente, ni en literatura ni en artes plásticas, las representaciones a las que agrupa bajo el nombre de orientalismo dicho autor, quien nunca deja claro en qué época piensa que se originaron, ni había nacido el orientalismo como disciplina académica. Es decir que, pese a antecedentes antiguos, medievales y otros que remontan al llamado Renacimiento, sólo a partir del siglo XVII se comenzó a conformar en Europa occidental tanto el imaginario como la tradición de estudios orientalistas.

Vale recordar que la conformación se realizó a medida que los europeos penetraban cada vez más en el Asia, y con ello iban ocupando lugar central en el sistema mundial. Tal posicionamiento estuvo acompañado por el trazado de un mapa general de la humanidad, crecientemente preciso y detallado, que tenía su dimensión cartográfica y etnográfica, pero igualmente ideológica. El mapa fue definiendo como Oriente una vasta región entre los Balcanes y el Japón, que no se limitaba por lo tanto al mundo árabe-islámico. El conocimiento, el temor y los estereotipos iban haciéndose más vagos en la medida que se distanciaban de Europa.

De forma igualmente paralela, se llevaba a cabo la conquista y población de

América, donde también tomó cuerpo una variante del orientalismo, que resulta interesante contrastar. De moros y turcos, obsesión de Europa y en especial de España en el momento de la Conquista, nos llegaban menciones, pero había poca experiencia viva, por lo que se trataba de algo lejano y fantástico, mediado por relatos ajenos. En cambio con las regiones transpacíficas, Filipinas al principio, después Japón, China e Indochina, hasta India y Persia, entabló la América colonial relaciones directas a través del Galeón que desde Acapulco alcanzaba Manila y de la Nau da Índia, que tocaba Brasil en sus viajes de ida y vuelta al imperio afroasiático portugués, así como a través de las varias expediciones que del Perú habían zarpado rumbo a Oceanía y Asia y de los barcos franceses e ingleses que en el siglo XVIII enlazaron ese Extremo Oriente con América.

Hubo entonces un contacto prolongado, que sólo ahora la historiografía está descubriendo, y que se tradujo en mercancías, técnicas, personas libres o esclavas, influencias culturales que desde esos territorios alcanzaban los nuestros, y otras que hacían el camino opuesto. De ahí que esas regiones figuraran con cierta precisión en el horizonte mental de la Colonia, entre los religiosos que iban y venían, los funcionarios, los soldados y los migrantes, los mineros que sabían que su plata terminaba en China, los ricos comerciantes que en ella se abastecían de mercancías. Entre las clases más bajas se tenía noción de sus pueblos y usos por las mascaradas en fiestas y procesiones, por los frescos y estampas sobre los mártires del Japón y quizás especialmente por individuos del Asia provenientes que circulaban en las capitales coloniales, más multiculturales que las de la Europa de entonces, y hasta en lejanas comarcas interiores. Por doquier se veían reminiscencias del Asia, en objetos domésticos, figuras de culto e indumentaria, que todavía se pueden contemplar en museos y que eran imitadas por artesanos locales, o en plantas y animales domésticos aquí adaptados, a veces con nombres que revelaban su origen.

Dicha cotidianidad dio en una imagen extendida de esplendor, riqueza y habilidad, junto a otra de singularidades naturales y políticas, errores religiosos y aberraciones culturales. No había sin embargo hostilidad abierta ni planes colonialistas, más bien deseos de intercambio y hasta de aprendizaje. La relativa información sobre el mundo chino se iba difuminando hacia el occidente, hacia la parte árabe-islámica, a la inversa que para los europeos. Se fue difundiendo el nombre de *China* y *chinos*, de antiguo origen pero que en lenguas europeas penetró por intermedio de los exploradores ibéricos. En la colonia la categoría de *chinos* se extendía hasta el imperio mogol, abarcaba también a japoneses, indochinos, indonesios y hasta indios. El Oriente figuraba inclusive en el horizonte mental de indígenas como el quechua Guamán Poma y el nahua Domingo Chimalpahin.

De dicho acervo derivaron escritos y memorias, que confluyeron en la primera gran descripción de China escrita en una lengua europea, la *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reyno de la China* (1585), de Juan González de Mendoza, libro cuya investigación se realizó en Nueva España, que tuvo muchas

ediciones y traducciones al italiano, inglés, francés, holandés y latín. Muchos escritos coloniales mostraban similar espesor erudito y aun en otros que no la tenían fueron China y el Asia un referente principal, mientras datos sobre su historia aparecían en obras piadosas, en la poesía y el ensayo criollos, por ejemplo, los de Juan de Palafox y Mendoza (1600-1659) y de Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700).

Cotidianidad, influencias, conocimientos y escritos no cristalizaron sin embargo en una disciplina académica independiente, en razón de la debilidad de los cimientos institucionales de nuestras sociedades coloniales, dependientes, fragmentadas, de difícil acceso a la imprenta, con un sistema universitario ceñido a problemas teológicos, jurídicos, lógicos o gramaticales, con clases letradas que se volcaban a la creación poética exquisita, la mística o el derecho canónico. Si bien en tales terrenos se logró cierto brillo, no fue así en los estudios sobre el Oriente, que nunca alcanzaron entera autonomía de los centros intelectuales situados en Europa. La tendencia se reforzó a lo largo del siglo XVIII, marcado por un intento de reconquista metropolitana que no sólo fue administrativo y comercial sino también cultural, y estuvo envuelto en el lenguaje de la Ilustración.

La Ilustración en España y Portugal fue más que copia de antecedentes franceses e ingleses, y tuvo caracteres propios. Algunos de ellos son visibles en el orientalismo erudito: para el siglo XVIII se ha rastreado un resurgimiento de los estudios árabes, con la residencia del erudito árabe Miguel Casiri (1710-1791) en el Escorial, y cierta revisión de supuestos tradicionales: la condena de la expulsión de judíos y moriscos, la consideración de la cultura califal como antecedente de la europea en la historia universal de la literatura del jesuita Juan Andrés (1782-1799), la reivindicación de Al-Andalus en la historia de la España islámica del liberal Antonio Conde (1820). Coetáneos fueron estos desarrollos de la apertura comercial y diplomática de los dos países ibéricos al comercio con el Mediterráneo oriental otomano y con el Magreb.

Lo que ocurría en España y Portugal no tuvo exacta correspondencia cronológica en las colonias americanas de ambos reinos. Las metrópolis alentaron la entrada de nuevas ideas en el terreno que les convenía, el de las ciencias exactas y naturales, con el propósito de una mejor explotación de sus dominios, mientras poco favor recibieron la reflexión política y social. En este terreno se impuso la interpretación imperial borbónica y ello tuvo repercusión en la recomposición del Oriente imaginario. Su centro pasó a ser, como en Europa, el mundo árabe-islámico, que se convirtió para las Indias ibéricas en el referente del despotismo, riqueza, crueldad y fanatismo, en la más ortodoxa tradición del pensamiento ilustrado transpirenaico.

Hubo sin embargo una variante a considerar. A medida que el siglo XVIII se acercaba a su fin se fue diferenciando una Ilustración americana que partía sí de inspiraciones transatlánticas pero las desarrollaba al calor de circunstancias y temáticas propias. Éstas han sido estudiadas bajo el rubro de la “disputa del Nuevo Mundo”¹ y

¹ Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo*, FCE, México, 1960.

más recientemente de la “epistemología patriótica”², ambas enfocadas en la defensa de las patrias americanas contra los ataques de varios pensadores ilustrados, y enlazadas a los valores de algunos sectores locales. Tal predominio de temas americanos no impidió, más bien exigió, la búsqueda de un contexto mayor, que supuso una relectura etnográfica e historiográfica ecuménica con el uso de las claves ilustradas. Dichas claves, sobre todo en autores como Condorcet o Volney, eran más cosmopolitas y menos eurocéntricas que las que después imperaron en el siglo XIX, e incluían las primeras lecturas positivas del Oriente: una búsqueda estética que había nacido de la traducción hecha por Antoine Galland de las *Mil y una noches* (1704-1717), la sinofilia o la reivindicación hecha por Boulainvilliers de Mahoma como sabio legislador.

De tales lecturas, algunas sirvieron de este lado del Atlántico para adornar, ejemplificar o desarrollar distintas argumentaciones que hoy llamaríamos de sociología, relaciones internacionales o economía política, muchas de ellas en escritos reformistas y publicadas en la naciente prensa. Junto a la copia superficial hubo alguna profundización, surgida de la insistencia, que se había iniciado con la renovación académica en las metrópolis, sobre la lectura directa de la Biblia y el aprendizaje de las lenguas originales para enfocar correctamente temas teológicos y filosóficos (aprendizajes antes vistos con desconfianza como tendencias protestantes). Las novedades llevaron a un inicial redescubrimiento no sólo del griego sino también del hebreo y hasta del caldeo o árabe. El lenguaje generalizado de la economía política dio en la comparación etnográfica y la lectura de libros de viaje, que ya habían sido fuente privilegiada de sus modelos europeos.

Semejante curiosidad contribuyó a un progresivo enriquecimiento, complejidad y autonomía del ideario americano, como ya era visible en la primera década del siglo XIX, pero sobre todo lo fue con las luchas de Independencia, cuando se lo utilizó principalmente en la confrontación bélica y política con España y Portugal, y más allá en cierta confrontación ideológica con la totalidad de Europa. Ejemplos prominentes de estos usos de un orientalismo reinterpretado fueron la categoría de despotismo en la caracterización de las metrópolis, pero también la revisión de las lecturas negativas tradicionales. Se mantuvo una veta de sinofilia cuando ésta había desaparecido en Europa, con la reivindicación de la moral, organización política y economía de China, se expresó condena por la expulsión de judíos y moriscos de España, se buscaron ejemplos políticos en los viejos imperios asiáticos o se ensalzaron personajes como Zoroastro o Mahoma, colocados en el mismo rango de iluminados legisladores que Licurgo, Manco Capac o hasta Moisés, y se llegó a esbozar crítica al colonialismo inglés en África y en Asia.

Permeaba todo este discurso cierta uniforme condena de las sociedades del Viejo Mundo. Los temas orientalistas sirvieron para complementar una imagen peculiar

² Cañizares-Esguerra, Jorge, *How to Write the History of the New World: Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-century Atlantic World*. Stanford, Stanford University Press, 2001.

de éste como viejo y corrupto, opuesto a la joven América. Esta última se convertía en heredera de un acervo cultural ecuménico, nacido originariamente en Egipto y Caldea y después engrosado en su paso por Grecia, Roma, el califato y la Edad Media. Como heredera de tantos siglos, la joven América recogía los aportes de sus antecesores para superarlos y situarse por encima de la bárbara África, la despótica Asia y la feudal Europa, como nueva patria de la libertad y las luces, las cuales llevaría para redimir a las humanidades sufrientes en las otras partes del mundo.

En el entusiasmo de la empresa se realizaron esfuerzos por penetrar ese mundo arcano del Oriente: el diario de viaje de Francisco de Miranda al imperio otomano (1786) y sus vastas lecturas, o por lo menos acumulación de libros sobre el mismo o sobre China, India, Persia, habían sido ejemplo temprano y destacado, pero junto a él hay muchos otros de lectura de material orientalista, que abarcaba escritos de Confucio, traducciones del Corán, producciones de la erudición europea, historias universales, relatos de viaje por Asia y África y hasta gramáticas y diccionarios de lenguas orientales.

Los textos americanos empezaron a poblarse de nombres exóticos relacionados con estas regiones, en referencias eruditas, ensayísticas y poéticas, en la nascente prensa o en cursos universitarios, a las literaturas y el pensamiento de Persia, India y China, que incluyeron alguna búsqueda de inspiración estética y moral, hasta política, en ellas. Todo dentro de una tendencia a insertar de manera creativa la historia y las culturas americanas en una historia universal que mostrara su futuro como continuación y superación de la historia del Viejo Mundo. Se puede ver este programa en el periódico *El Iris* (1825-1826), dirigido por el cubano José María Heredia en México, o en los cursos que empezó a dictar Andrés Bello al llegar a Chile (1829).

Sin embargo, esta serie de iniciativas fue invisibilizada por dos procesos que a partir de la época independiente respondieron a la evolución del sistema mundial: un movimiento de atracción hacia la esfera de influencia de la Europa atlántica y una construcción de identidades sobre la base del Estado nación.

El primer proceso se fue reforzando a medida que la Europa atlántica iba superando a los otros territorios en riqueza, poder, desarrollo científico y tecnológico, y a dominarlos económica, militar y hasta culturalmente, en una rápida evolución que abarcó las primeras décadas del siglo XIX, aunque había tenido antecedentes y la fantasía eurocéntrica lo proyectó y aún la proyecta hacia el pasado más remoto. Este predominio resultó, entre otras muchas cosas, en la transformación de la imagen de Europa para las nuevas naciones americanas: dejó de ser una alteridad mirada con cierta suficiencia para convertirse cada vez más expresamente en el modelo a imitar.

Se abandonó así el discurso americanista de la Ilustración y los años de la Independencia y con ello también la búsqueda de referentes ajenos a Europa, aunque tales referentes no hubieran sido más que el reflejo de imágenes creadas en la Europa misma. La crítica y hasta la burla de aquella búsqueda hizo parte de un distanciamiento

general de las ideas ilustradas por parte de una nueva generación de pensadores liberales. Resumiendo, tales críticas en el terreno que nos ocupa, el argentino Domingo F. Sarmiento escribía en 1850: “En cuanto al Oriente, que tantos prestigios tiene para el europeo, sus antigüedades y tradiciones son letra muerta para el americano, hijo menor de la familia cristiana. Nuestro Oriente es la Europa, y si alguna luz brilla más allá, nuestros ojos no están preparados para recibirla, sino a través del prisma europeo”.

El segundo proceso arriba aludido responde a tendencias propias del nuevo reacomodo mundial, hacia la organización de las distintas regiones sobre la base del Estado nación. En éstos aparecieron autores convocados a la tarea urgente de descripción, poetización, narrativización y análisis de las propias realidades. El resultado fue un conjunto de escritos históricos, geográficos y sociológicos centrados en los límites del propio Estado, de poemas, teatro y novelas de inspiración nacional. Tales obras concentraron los mayores esfuerzos, suscitaron la principal atención y hoy constituyen la producción más visible y estudiada, la que más original se considera, por lo que apenas merecen alguna consideración como mera curiosidad otras dedicadas a realidades ajenas como las del Oriente.

Semejantes obras sin embargo existieron, en razón de que estaban la escritura y el idioma estrechamente imbricados con cuestiones identitarias en la América decimonónica y había por consiguiente motivación, antecedentes y entrenamiento para ir más allá del estudio del castellano hacia el de las lenguas clásicas y de éstas al árabe y hasta al sánscrito: no existían cátedras ni maestros pero sí posibilidad de viajar a los países donde se los hallaba, de adquirir manuales y diccionarios, y efectivamente en los catálogos de las bibliotecas latinoamericanas se registran gramáticas y diccionarios que muestran la dedicación o por lo menos la voluntad de estudio en tales campos.

Destacan realizaciones fuera de lo común, más notables todavía en el medio en que se realizaron, hay nombres como los de Andrés Bello (Venezuela, 1781-1865), Melchor Ocampo (México, 1814-1861) y Ezequiel Uricoechea (Colombia, 1834-1880), tres generaciones en cuya ciencia se comprueba un creciente dominio por lo menos los rudimentos de algún idioma “oriental”. Por debajo de ellos se mencionan muchos otros individuos con inteligencia y mucho tiempo y dinero a disposición y además eruditos extranjeros que se habían especializado en alguna universidad europea, o quienes habían tenido experiencia directa del Oriente, y se asentaron y ejercieron en nuestros países alguna difusión. Había viajeros en cierto número que iban más allá de Europa, hacia Egipto y Tierra Santa, algunos llegaban hasta la India.

Debe agregarse que, si todos estos curiosos, eruditos, escritores y viajeros incorporaron herramientas de estudio, asimilaron nombres, cronologías, geografías y hechos, era inevitable que todo ello viniera ya empacado desde los centros de estudio y difusión de los países centrales. Basta ver la transcripción misma de los nombres, reminiscentes de su paso por el inglés y el francés, las citas de segunda mano, ciertas equivocaciones, y sobre todo la valoración de aquel Oriente como fanático, atrasado y

despótico, en una versión orientalista que en muchos casos lo fue más que en la misma Europa.

En literatura, la poesía recogió numerosos temas del romanticismo; hasta hubo cuentos y novelas, sin faltar obras plásticas, de tema orientalista, con una variante particular que fue el orientalismo español, el cual buscaba rescatar la tradición andalusí y dio en América en algunos poemas y en edificios de estilo neomorisco. Si bien nuestros países no tuvieron la política colonialista que justificara el orientalismo al estilo de Said, sí se ha hablado de colonialismo interno, y varios discursos orientalistas, empezando por el del *Facundo* (1845) de Domingo Faustino Sarmiento han sido vistos al servicio de la colonización cultural de las masas, que se identificaban con los rasgos negativos del Oriente que el colonialismo europeo empezaba a diseñar.

Si algún mérito tuvo esa labor de copia de algunas modalidades del orientalismo literario, iconográfico y académico europeo fue haber acumulado materiales que se revelaron útiles en un posterior apartamiento de la versión orientalista eurocéntrica, en dirección de unos iniciales intentos de traducción del Oriente a categorías propias.

Estos últimos fueron adquiriendo importancia a medida que la situación mundial cambiaba desde fines del XIX, así como el clima intelectual en nuestros países. Hubo manifestaciones en el modernismo, la crítica al positivismo, el antiimperialismo, el socialismo y anarquismo, los cuales traducían desestructuraciones sociales internas, desplazamientos geopolíticos ecuménicos y a fin de cuentas cambios entre el centro y las periferias del sistema mundial. Complejos y contradictorios, iban a dar la tónica al pensamiento latinoamericano del siglo XX, y entre ellos se percibe una nueva mirada a Asia y África.

Ésta se manifiesta en el terreno estético con las temáticas orientalistas del modernismo, que encontró inspiración en modelos lejanos, a veces en Japón, China, la India o el islam; en general lo hacían, paradójicamente, a través de versiones que llegaban a través de Europa, pero aun así existió un esfuerzo por penetrar más allá del ropaje que ésta les había suministrado. Son muestra de ello las reelaboraciones de las *Rubaiyat* de Omar Jaiyam, muy popular en América Latina, aunque fuera desde la traducción inglesa de Edward Fitzgerald, o las apropiaciones del haiku japonés, que culminaron en el mexicano José Juan Tablada (1871-1945). En las artes plásticas también se acentuó alguna tendencia hacia la exploración más auténtica del Oriente.

En el terreno de las ideas, el paso de un siglo a otro estuvo dominado por la teosofía. Aunque ésta fuera la reelaboración y en gran parte invento de una tradición hindú y budista por obra de autores europeos, los latinoamericanos se esforzaron en un segundo momento por buscar fuentes más auténticas, más cercanas a los originales, sin que faltara algún estudioso del sánscrito. Sobre la base de tales idearios se pudieron reelaborar propuestas éticas, educativas y sanitarias que diferían de las del liberalismo que habían imperado desde mediados del XIX. El proyecto cultural de José

Vasconcelos en México (1921-1924) tuvo uno de sus basamentos en su búsqueda de un conocimiento alternativo en la tradición india, o lo que así él consideró.

Por fin, la política misma se vio afectada por este resurgimiento del interés por el Oriente. Ya la prédica americanista de Francisco Bilbao en torno a 1860 había señalado la análoga situación de víctimas del imperialismo europeo de las regiones afroasiáticas y americanas. Desde la primera década del siglo XX aparecieron movimientos políticos de masas que iniciaron la tendencia nacional-populista que iba a dominar el siglo. En consonancia con ello, y con fenómenos análogos en otras partes del mundo, hubo una amplia revisión intelectual que culminó con el estallido de la primera Guerra Mundial, la cual significó un periodo de desprestigio de Europa y crítica a su magisterio. A la par de revisionismos, hispanismos e indigenismos, se hizo visible una reivindicación del Oriente y sus luchas.

Fue el “prototercermundismo” del que habló Martín Bergel. Del mismo hicieron parte autores que señalaron al Oriente como uno de los dos focos, junto con Europa, en que debía inspirarse América para trascender ambas. Se difundió la crítica al imperialismo europeo en Asia y África (Manuel Ugarte); hubo simpatía por el ascenso de Japón y su política expansiva. Hubo por fin, con el peruano José Carlos Mariátegui (1894-1930), interés por movimientos políticos y sociales en China, India, Egipto y el imperio otomano, los cuales empezaron a ser vistos como fuentes de inspiración.

Cierto que este movimiento empezó a decaer a partir de los años treinta, con la crisis mundial y nuevos problemas internos en los distintos países. Sin embargo, del mismo modo que en momentos previos, esta acumulación previa de materiales, experiencias y reflexiones llevó a importante florecimiento a mediados del siglo XX. Ejemplo de ellos mismos son Vicente Fatone (1903-1962), notable filósofo y sanscritista argentino, la obra sobre Turquía y Kemal Atatürk del diplomático también argentino Jorge Gastón Blanco Villalta (1909- 2003), la producción traductora y editorial del mahyar sudamericano, que incluyó la primera traducción directa del Corán al castellano y al portugués. Fueron las semillas para una curiosidad manifiesta en los más diversos países latinoamericanos a mediados del siglo XX.

Al hablar de los primeros orientalistas europeos, Bernard Lewis hizo notar que su actitud de curiosidad ante culturas ajenas es excepcional en la historia intelectual humana: por doquier, incluyendo el medio estadounidense en el que escribía, siempre ha prevalecido el interés por lo cercano e inmediato. Sólo en la modernidad hubo individuos, los orientalistas entre ellos, que dedicaron su vida a la investigación sobre sociedades y textos de desciframiento arduo. Para explicar esta extroversión se ha recordado la inclinación de los humanistas hacia el mundo clásico grecorromano, o la inclinación de los protestantes por el hebreo, aunque pienso que el factor más influyente fue la expansión europea y con ella el crecimiento de la literatura etnográfica, que se constituyó en parte central de la reflexión filosófica en la segunda mitad del XVIII.

Si trasladamos estas anotaciones de Bernard Lewis al terreno de Nuestra América, también en ella obraron la reverencia hacia los clásicos (que se conocían superficialmente) y la etnología espontánea que debía nacer en nuestras sociedades multiculturales, pero conjuntamente debió de pesar la constante sospecha de que una diferencia guardaríamos siempre con esos centros —los países ibéricos, el mundo noratlántico— que se nos imponían como modelo a alcanzar. Se ha hablado de nuestras ideas “fuera de lugar” y se corresponde con la conciencia de otredad que Dabashi considera influyente en la reelaboración en ámbito persa del orientalismo europeo.

A lo largo del tiempo, la extroversión del mundo letrado latinoamericano llevó a empeñosas lecturas, a la programación de cursos y hasta a obras narrativas y a investigaciones históricas, artísticas, lingüísticas y literarias en torno a exquisiteces del mundo intelectual francés o inglés, pero también en torno a los presocráticos, Bizancio, las lenguas indoeuropeas, las reinas de Chipre y la evolución del feudalismo. Y algo también en torno al Oriente. La incorporación de los estereotipos europeos siempre estuvo seguida por una duda en torno de ellos, a medida que la información y los cuestionamientos aumentaban. Es lo que sigue obrando en nuestros tiempos.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos, «El orientalismo y la idea del despotismo en el Facundo» [1994], eds. Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, *Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia*, Ariel, Buenos Aires, 1997 (pp. 83-102).
- Altschul, Nadia, « Andrés Bello and the Poem of the Cid: Latin America, Occidentalism, and the foundations of Spain's 'national philology'», eds. Altschul, Nadia y Davis, Kathleen, *Medievalism and the post/colonial perspective*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2009 (pp. 219-236).
- Amigo, Roberto, «Beduinos en la Pampa: apuntes sobre la imagen del gaucho y el orientalismo de los pintores franceses», *Historia y Sociedad* (Medellín, Colombia), n° 13, 2007 (pp. 25-43).
- Bakos, Margaret M., «El antiguo Egipto en Brasil: historia de la egiptología y la egiptomanía en Brasil», *Transoxiana*, n° 9 (diciembre 2004), http://www.transoxiana.com.ar/0109/bakos-egipto_brasil.html
- Bergel, Martín, *El Oriente desplazado: el Oriente y los orígenes del tercermundismo en la Argentina*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2015.
- Bonalian, Mariano, *China en la América colonial: bienes, mercados, comercio y cultura del consumo desde México hasta Buenos Aires*, pról.. Fontana, Josep, Biblos/Instituto Mora, Buenos Aires, 2014.
- Botero, Clara Isabel, «Ezequiel Uricoechea en Europa: del naturalismo a la filología», *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá), vol. 39, n° 59, 2002 (pp. 3-27).
- Bunes Ibarra, Miguel Ángel de, *La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos XVI y XVII; los caracteres de una hostilidad*, CSIC, Madrid, 1989.
- Cañizares-Esguerra, Jorge, *How to Write the History of the New World: Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-century Atlantic World*. Stanford, Stanford University Press, 2001.
- Carrillo Martín, Rubén, *La génesis de Sacheofú: Asia en las letras novohispanas de González de Mendoza a Fernández Lizardi (1585-1831)*, IN3 Working paper series, Internet Interdisciplinary Institute, Universitat Oberta de Catalunya, 2013.
- Cicerchia, Ricardo, «Journey to the centre of the earth», *Jr. of Latin American Studies*, vol. 36, 2004 (pp. 665-686).
- Civantos, Christina, «Orientalism criollo style: Sarmiento's 'Orient' and the formation of an Argentine identity», ed. Camayd-Freixas, Erick, *Orientalism and identity in Latin America: fashioning self and others from the (post) colonial margin*, The University of Arizona Press, Tucson, 2013 (pp. 44-61).
- Dabashi, Hamid, *Persophilia: Persian cultures on the global scene*, Cambridge University Press, Cambridge ma/London, 2015.
- Galí Boadella, Montserrat, «Del orientalismo ilustrado al orientalismo romántico: Oriente en las revistas mexicanas de la primera mitad del siglo XIX», ed. Curiel, Gustavo, *Orientes-Occidentes: el arte y la mirada del otro*, IIE-UNAM, México,

- 2007 (pp. 615-639).
- Garrels, Elizabeth, «Sarmiento, el orientalismo y la biografía criminal: Ali Pasha de Tepelen y Juan Facundo Quiroga», *Monteagudo* (Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes), nº16, 2011 (pp. 59-79).
 - Gasquet, Axel, *Oriente al Sur: el orientalismo literario argentino de Esteban Echeverría a Roberto Arlt*, Eudeba, Buenos Aires, 2007.
 - Gasquet, Axel, *El llamado de Oriente: historia cultural del orientalismo argentino (1900-1950)*, EUDEBA, Buenos Aires, 2015.
 - Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo*, FCE, México, 1960.
 - Necati Kutlu, Mehmet, «Reflexiones sobre el viaje de Francisco de Miranda al imperio otomano», *Espacio, Tiempo y Forma* (Madrid, UNED), Serie IV, Historia moderna, t. 20, 2007 (pp. 171-186).
 - Lubrich, Oliver, «‘Egipcios por doquier’: Alejandro de Humboldt y su visión ‘orientalista’ de América», *Revista de Occidente*, nº 260 (enero 2003) (pp. 75-101).
 - Manzanares de Cirre, Manuela, *Arabistas españoles del siglo XIX*, CSIC, Madrid, 1989. Mariluz Urquijo, José M., «La China, utopía rioplatense el siglo XVIII», *Revista de Historia de América*, nº 98, 1984 (pp. 7-31).
 - Monroe, T., *Islam and the Arabs in Spanish scholarship: sixteenth century to the present*, Brill, Leiden, 1970.
 - Núñez, Estuardo, «Huellas e influencia de Oriente en la cultura peruana de los siglos XVI y XVII», comp. de la Torre Villar, Ernesto, *La expansión hispanoamericana en Asia, siglos XVI y XVII*, FCE, México, 1980 (pp. 149-161).
 - Orta Nadal, Ricardo, «Presencia de Oriente en el Facundo», *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas* (Rosario, Universidad Nacional del Litoral), nº5, 1961 (pp. 93-122).
 - Pérez, Francisco Javier, «Bello orientalista», eds. González Stephan, Beatriz y Poblete, Juan, *Andrés Bello y los estudios latinoamericanos*, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Pittsburgh, 2009 (pp. 113-139).
 - Perus, Françoise, «‘Orientalismo’ y ‘occidentalismo’ en la escritura de Facundo de Domingo F. Sarmiento», *Cuadernos Americanos*, nº 139, 2012 (pp. 105-116).
 - Said, Edward W., *Orientalismo*, Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1990.
 - Schwab, Raymond, *La Renaissance orientale*, Payot, Paris, 1950.

- Sena, Isabel de, «Beduinos en la pampa: el espejo oriental de Sarmiento», ed. Nagy-Zekmi, Silvia, *Moros en la costa: orientalismo en Latinoamérica*, Iberoamericana, Madrid-Frankfurt, 2008.
- Silva Beauregard, Paulette, «Humboldt y la orientalización de Venezuela en los relatos de viaje a la Gran Colombia de William Duane y Gaspard Théodore Mollien», *Espéculo: Revista digital*, añ. 14, n° 40, 2008-2009.
- Taboada, Hernán G. H., «The search for the Orient in creole America: the nineteenth century and its paths», eds. Rivera Berruz, Stephanie y Kalmanson, Leah, *Comparative studies in Asian and Latin American philosophies*, Bloomsbury, London, 2018 (pp. 71- 101).
- Taboada, Hernán G. H., *Un orientalismo periférico: Nuestra América y el Islam*, CIALC-UNAM, México, 2012.
- «De la España africana a la América despótica: notas sobre el ideario de Simón Bolívar», *Cuyo. Anuario de filosofía argentina y americana* (Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo), vol. 28, n° 1 (enero-junio 2011) (pp. 35-59).
- Vogeley, Nancy, «Turks and Indians, Orientalist discourse in postcolonial Mexico», *Diacritics*, vol. 35, n° 1, 1995 (pp. 3-20).